

[Publicado previamente en: *Pirineos* [Estación de Estudios Pirenaicos del CSIC.] 1, 1945, 3-21. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, como parte de su *Obra Completa*, con la paginación original].

© Martín Almagro Basch

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

La población pirenaica anterromana ¹

Martín Almagro Basch

[3→]

Los grandes núcleos montañosos que ofrece la superficie de la tierra han tenido extraordinaria importancia en el desarrollo de las colectividades humanas, ofreciendo siempre en la Historia Universal trascendental y característica personalidad. Las grandes montañas son a la vez nudos de resistencia del hombre, pero, sobre todo, células potentes de expansión cuyos hombres se proyectan como las aguas que nacen en sus altas cimas en busca de tierras lejanas a las que dan fertilidad. Los pueblos montañoses han jugado siempre en la Historia un papel trascendental, no por lo que son en sus montañas, sino por lo que hicieron y siguen haciendo al salir de las mismas, llevando su sangre material y su espíritu sobre tierras, a veces muy lejanas, que vienen a ser proyección histórica dependiente de los pequeños círculos de población montañesa. Sin analizar los muchos ejemplos que la Etnografía y la Geografía nos ofrecen en todos los tiempos históricos, citaremos sólo, como cosa más conocida y manifiesta, la influencia de la población de los Alpes italianos de la Saboya sobre toda la Península de los tiempos actuales, a la que no solamente han dado su dinastía, sino también una legión de políticos e intelectuales que con los regimientos saboyanos pudieron promover el movimiento del «Resurgimiento» y la unidad de la nación italiana.

La proyección de las regiones montañosas del Tirol del Voralberg ha sido igualmente decisiva en el desarrollo y mantenimiento del Imperio Austriaco. Igualmente a la población de las regiones alpinas bávaras debe esta nación alemana su acusada personalidad aún mantenida dentro del Reich alemán. De la misma manera ha sido en nuestra historia española trascendental y decisiva la aportación [3→4] material y espiritual de estas tierras pirenaicas, para cuya exacta valoración se ha creado esta Estación de Estudios Pirenaicos por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, válvula potente de propulsión en todas las actividades científicas españolas que honra como ninguna otra empresa de los tiempos presentes al Ministerio de Educación Nacional y que representa, sin duda ninguna, una etapa en el desarrollo de la ciencia española.

En el futuro hermoso que esta Estación de Estudios Pirenaicos tiene ante sí para valorar e impulsar los valores económicos y espirituales de esta región española, yo modestamente quiero aportar mi grano de arena en estos trabajos preparatorios; voy a exponer en una breve conferencia el estado actual de la ciencia sobre el conocimiento de la formación y de los orígenes de la población pirenaica anterromana, que sigue siendo en esencia la actual, ya que los mismos romanos no crearon establecimientos coloniales en estas regiones montañosas que representen aportación etnográfica de interés, ni los germanos y árabes que tras Roma invadirán España pudieron dejar rastro de consideración en el Pirineo. Y cuanto hemos dicho vale tanto para las regiones pirenaicas españolas como para la parte francesa de esta región llena de personalidad, cuya unidad ha sido desgajada en los tiempos modernos, ya que en la Edad Media como en la Antigüedad, las gentes que habitaban las comarcas pirenaicas en ambas vertientes, sintieron esta unidad incluso por debajo de las divisiones administrativas que pudieran separarlas en algunos tiempos en que, como los de Roma, una división provincial creada por una superestructura estatal

¹ Conferencia pronunciada en la Reunión del Patronato de la Estación de Estudios Pirenaicos, celebrada en Jaca en agosto de 1943.

las separa. Buena prueba de ello es su renacer en la Edad Media, como lo veremos a lo largo de esta conferencia.

Si la unidad etnográfica del Pirineo la vemos manifestada desde los tiempos prehistóricos anterromanos, no nos muestra la misma continuidad la extensión de tierra habitable de las montañas: las zona que podríamos llamar ecuménica del Pirineo. En la larga etapa del Paleolítico, durante toda la época cuaternaria que representa varios miles de lustros de la vida del hombre, la cordillera pirenaica debió estar a intervalos deshabitada casi en su totalidad, aprovechando la caravana humana solamente los pasos próximos a los mares Cantábrico y Mediterráneo para comunicar Europa con la Península, Aquellos cazadores nómadas no pueden considerarse pequeños establecimientos que hayan sido situados por los prehistoriadores. La mandíbula neandertaloide de Bañolas, valioso vestigio de uno de los muchos grupos raciales que cruzaron las [-4→5-] montañas, merece especial mención en este sentido erudito, aunque nada tenga que ver la raza de Neanderthal a la que pertenece, con los orígenes de la población actual pirenaica que en esta conferencia intentaremos exponer.

A lo largo de esa Edad Cuaternaria el Pirineo sufrió la influencia de las glaciaciones de una manera destacada y aún no bien precisada. El estudio detallado de las glaciaciones pirenaicas es tarea aún por hacer, pero pruebas fehacientes de la misma se hallan en casi todos los valles pirenaicos. Por ejemplo, en el Aragón Subordán, la lengua glaciar bajaba hasta Siresa, debiéndonos figurar las alturas de la cordillera cubiertas por una inmensa masa de hielo que haría inhabitable en gran parte del año incluso la llanura de Jaca y valle del Aragón.

De estas etapas frías de los períodos glaciares de la época cuaternaria no tenemos hallazgos en el Pirineo español que nos ilustren sobre el hombre pirenaico de entonces. Sólo en la depresión vasca y en las bajas estribaciones pirenaicas de la provincia de Gerona hay señaladas algunas localidades pertenecientes a los períodos arqueológicos Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense en que se divide el Paleolítico Superior, del cual en la parte francesa hay abundantes hallazgos, pero siempre en tierras relativamente bajas. Las comarcas de nuestro Pirineo Central no sabemos si estuvieron habitadas entonces, ni tampoco sabemos nada de la población posible en aquellas regiones durante las etapas de los períodos glaciares e interglaciares del Cuaternario. De todas formas, esta larga etapa del hombre en el Pirineo nos interesa menos. Además alargaría demasiado esta conferencia el estudio de las pequeñas hordas de cazadores trashumantes que aún duraron con el mismo género de vida en el declive de la época cuaternaria tras la última Glaciación, desarrollando el Aziliense, industria de pescadores que llevaban una misma vida en las costas cantábricas y que a lo largo del Pirineo parece llegaron al Mediterráneo, como lo prueban los hallazgos situados en algunas cuevas del macizo de Montrí, en el Golfo de Rosas, como la del «Can del Dux», de Ullá.

Tras el cuaternario el continuo mejoramiento del clima, en las primeras etapas de la época geológica actual, hizo habitable en condiciones muy favorables toda la zona pirenaica, en tanto que es suponer quedaron casi desérticas e inhospitalarias las tierras bajas del valle del Ebro. A partir del clima óptimo postglaciar con la llegada del Neolítico a la cordillera se desarrolló en el Pirineo la primera gran unidad cultural y etnográfica de este macizo montañoso, que conocemos con el nombre de cultura megalítica pirenaica, [-5→6-] considerada como el producto de una raza que hemos de creer, con razón, derivada de los antiguos cazadores del final del Cuaternario, los cuales pudieron permanecer en las montañas sin mezcla hasta los mismos tiempos neolíticos. Sobre estos megalíticos como sobre su cultura no hemos de hablar nosotros, pues han sido objeto de la conferencia de mi colega el Profesor Pericot. Sólo he de insistir en que es preciso rectificar la cronología y la visión que se ha tenido hasta el presente de la cultura pirenaica, cuya duración hasta la invasión de los pueblos indoeuropeos que conocemos en España con el nombre la invasión céltica me parece indudable. Hay razones cronológicas derivadas de los estudios geológicos-climáticos y razones arqueológicas bastante firmes para admitir esta conclusión.

El final del mejoramiento del clima que hemos anunciado anteriormente se conoce en Europa con el nombre de etapa suboreal, que alcanzó su optimum hacia mediados del segundo milenio a. de J. C., siendo sustituida poco a poco, después del año 1000 a. de J. C., por un clima húmedo y frío, etapa que conocemos con el nombre de época subatlántica. A esa época suboreal

deben de pertenecer los hallazgos dolménicos que hemos hallado en parajes tan altos del Pirineo, incluso hoy inhabitables excepto en los cortos meses de verano; entre otros mencionaremos la serie de megalitos situados en el alto valle de Guarrinza, pasada la selva de Oza, donde en aquellas épocas de clima cálido y seco vivieron poblados de pastores, en tanto que hoy el pueblo más alto de aquellas comarcas es Siresa.

La población y la unidad cultural que a lo largo de todo el Pirineo representa la cultura megalítica pirenaica perduró, en nuestra opinión, hasta la invasión céltica, que se produce, entre otras causas, por razones climáticas derivadas de la vuelta de la abundante humedad a Europa durante la época subatlántica. Las regiones relativamente montañosas del Centro de Francia y del Sur de Alemania y hasta la misma Súfrase fueron cubriendo en la etapa subatlántica de selvas impenetrables, y hoy los arqueólogos hallamos en zonas de bosques cerrados, completamente inhabitables, como los Alpes de Suabia, el Hagenau, por citar las más características, los ríos poblados de la Edad del Bronce, pertenecientes a una numerosa población que habitó las tierras altas de la Europa Central durante la etapa suboreal, entonces cubiertas de grandes robledales, que con sus bellotas sostenían manadas de cerdos y también al hombre, como dice Horacio. En estas zonas vivían una serie de pueblos que habían logrado producir una cultura uniforme a lo largo de la Edad del Bronce, a los cuales podemos considerar como protoceltas. Durante esta época se mueven hacia el Oeste [-6→7-] empujados en todas direcciones por otros movimientos similares de pueblos, como las bandas de los llamados campos de urnas, procedentes de más al este. Esta masa de población indoeuropea a través de Francia se presenta en el Pirineo, atravesándolo primero por los pasos orientales y después también por las regiones centrales de nuestra cordillera. La importancia decisiva de la invasión céltica es tal que desde entonces hay dos regiones pirenaicas, una indoeuropea celtizada, que se proyecta hacia Francia y España desde Lanquedoc y Rosellón hasta Cataluña, el valle del Ebro y la Rioja, alcanzando Castilla y aun las tierras del Sur de la Península. Otra zona pirenaica queda arrinconada hacia el Oeste, desde los Pirineos navarros y el Araquil hasta el Cadagua y por el Norte extendida por la Gascuña, donde los pirenaicos de la cultura megalítica siguen viviendo, arrinconados, su cultura de pastores, casi sin agricultura, dejándose influenciar poco, incluso en los tiempos históricos, por las civilizaciones que les rodean.

Los nuevos invasores aportan a la vida peninsular infinidad de nuevos elementos, que unidos o un período de lluvias favorecedor de la vida agropecuaria, permitió el crecimiento de la población y la formación de la cultura que hallan los griegos y romanos establecida en España y que por sus textos escritos conocemos, además de los resultados cada vez más numerosos y concretos que nos van proporcionando las excavaciones arqueológicas.

La invasión trajo al Pirineo celtizado infinidad de nuevos elementos de vida que pudieron alimentar una mayor población, como la vaca de turba, más lechera y dócil para el trabajo que la vaca española anterior, de la cual es una descendiente la vaca de lidia que aún sigue persistiendo en las regiones meridionales que fueron más refractarias a los invasores y donde el elemento céltico no logra asentarse con predominio. También trajeron el cerdo de patas largas, aún llamado «celta» en toda Europa, opuesto a los pequeños cerdos semi-salvajes que anteriormente se domesticarían. El caballo doméstico debió llegar ahora a la Península, al menos en gran escala. A los cereales de origen mediterráneo y africano, como la cebada, se añaden ahora el trigo candeal, el mijo, el lino y la avena, el guisante y la lenteja y otros productos cuyos beneficios se iniciaron ahora por primera vez, aunque poco hemos investigado en España sobre los restos de los elementos de subsistencia de nuestros primitivos habitantes y hemos de guiarnos por los resultados obtenidos en otros yacimientos extranjeros que dan luz sobre todo este fenómeno etnográfico. [-7→8-]

También los invasores conocen mucho mejor la metalurgia del bronce, poniendo en explotación algunas minas pirenaicas, como las de Riner en el Pirineo de Lérida, y saben fabricar armas fuertes, como las largas espadas con empuñadura de lengüeta y de pomo macizo, bocados de caballo de bronce, puntas de lanza con empuñadura de tubo, flechas de bronce con pedúnculo y aletas, y las hachas de tipo europeo de empuñadura de tubo, de aletas y de talón. Así, todo un ajuar nuevo introducen los invasores, cuya superior cultura sobre las gentes pastoriles de la cultura pirenaica les debió dar la más completa victoria. Además, los invasores, tal vez pacíficos

agricultores y ganaderos que colonizaban las tierras bajas, sobre las cuales asentaban sus pueblos de casas de campo aisladas, se dejaron influir por los indígenas y debieron mezclarse en grado sumo prontamente. Cuando en el siglo III los romanos entran en contacto con los pueblos pirenaicos la fusión es completa, y lástima grande es que no se ocuparan los geógrafos e historiadores antiguos de la lengua y cultura de los pirenaicos, a los cuales sólo podemos referir hechos históricos de sus luchas contra Roma. Hoy no es posible decir qué lenguas se hablaron y en qué medida el pueblo pirenaico anterior a la invasión vino a influir las tribus que históricamente conocemos por los geógrafos e historiadores griegos y romanos. Tampoco los arqueólogos han desarrollado gran actividad en estas comarcas, con lo cual los datos son incompletos y poca luz pueden añadirse a las noticias escritas legadas por los antiguos.

El primer texto sobre el Pirineo y sobre sus habitantes es el Periplo marsellés, escrito por un navegante griego que hizo el viaje de Marsella a Tartessos en el siglo VI a. de J. y que fue utilizado por Rufo Festo Avieno, un escritor del siglo IV de nuestra era, el cual según el gusto de la época quiso ser erudito en su descripción de las costas españolas, y basóse, al escribir su poema «Ora Marítima», en un Periplo de la más remota edad histórica del Occidente. Tales Periplos eran como cartas de navegación o portulanos escritos y que para ser útiles a la navegación, como los mapas marítimos, describen concretamente los accidentes de las costas y pueblos que las habitan.

Así el Periplo marsellés nos habla del Pirineo Oriental y de la ciudad de Pirene, citando una serie de pueblos o tribus que viven en el lado mediterráneo de la cordillera, únicos a los cuales conocían los griegos, pero sin decirnos a qué raza pertenecen, aunque se deduce de la descripción una diferencia étnica de los «iberos», que llegan hasta Barcelona, y de los «ligures», que sitúa en el Sur de [-8→9-] Francia, más allá del río Oranus (el Lez de la región de Montpellier), y de otros «iberos» que aparecen en la cosía de la Narbonense.

Más al interior nada nos dice el texto sobre los habitantes y tampoco cabe buscar seguras interpretaciones sobre el carácter de estos pueblos o tribus así nombrados.

Sin embargo, la Arqueología nos viene en ayuda, y las necrópolis de Puerto de la Selva (Punta del Pi y Mont Bufador) y las de Villars de Espolla y Can Vicens de Agullana, como los hallazgos de la cueva de Parafita en pleno Llusanés, al depósito de Ripoll y las cuevas de Llora y de San Julián de Ramis a la izquierda del Ter, así como las necrópolis de Anglés y Gibrella y otros hallazgos nos aseguran una cultura hermana de la que en la Europa Central denominamos cultura de los Campos de Urnas que se considera desarrollada por los celtas. Del mismo carácter son la serie de estaciones encontradas por Helena en la región de Narbona, principalmente la cueva de Bizé y la necrópolis de Fleury. La Arqueología, a base de estos hallazgos, constata una misma cultura y un pueblo afín que enterraba sus cadáveres incinerados dentro de urnas, los colocaba en el suelo entre piedras con restos de un ajuar siempre idéntico; alfileres para el pelo con cabezas de aro o puño de bastón, o enrolladas, anillos de bronce, fíbulas de tipos semejantes a los que hallamos en la Europa central y occidental en esta época y sobre todo las mismas formas y técnicas en la cerámica que nos garantiza una afinidad étnica para la población de ambos lados del Pirineo Oriental. A su vez la Filología nos cataloga como célticos una serie de nombres de localidades diseminados por esta región y que también bajan al resto de Cataluña y valle del Ebro, algunos tan típicos como Verdún, antiguo *Virodorum*, y tantos otros terminados en *-durum* y en *-acum*.

Los materiales arqueológicos nos aseguran una fecha entre el siglo VIII en adelante para la entrada de estos pueblos, que nos parece han sido luego interrumpidos en su desarrollo a juzgar por el estudio de los yacimientos arqueológicos que se oponen a las interpretaciones dadas a los textos escritos sobre posteriores conquistas de iberos venidos del sur hasta el Ródano.

En efecto, el Periplo de Avieno, versos 520-22 y siguientes nos describe los siguientes pueblos pirenaicos, los *indiget*, que se extinguen después de Barcelona hasta el Pirineo, «gente ésta dura, gente feroz en la caza y habitante en escondrijos»..., términos que coinciden casi exactamente con la definición que anteriormente, versos, 485 y siguientes, nos da de los *beribraces*, pueblo céltico de las montañas que bordean las regiones valencianas y del cual aún quedaba un grupo en [-9→10-] los pasos altos del Pirineo Oriental cuando pasó por allí Aníbal,

según veremos más adelante. Después de los indigetes, el Periplo cita, hacia el interior del Pirineo español a los *ceretas* y *ausoceretas*, y pasado la cordillera, en sus faldas septentrionales, a los *sordos*, en cuyo territorio estuvo una antigua ciudad llamada Pirene, que tal vez dio nombre a los Pirineos, o viceversa, del nombre de los montes surgió la leyenda poco probable de la existencia por allí de una ciudad en estos tiempos. Más adelante se extienden los *elisicios*, que lindan con los ligures, sirviendo de frontera el río Orano, tal vez el río que desemboca en Montpellier. Todos estos pueblos los calificaba el Periplo de iberos, aunque tal denominación pudo ser dada por el poeta interpretador del siglo IV; ya que muchos de ellos, como los beribraces, los ceretes y otros no podrían ser considerados de ninguna manera como iberos. Por otra parte, hoy los resultados obtenidos por la Arqueología se oponen a la supuesta marcha de gentes del Sur hacia el Norte y estas tribus que citan como ibéricas el Periplo y otros autores antiguos, incluso el poeta Esquilo, que hace llegar a los iberos hasta el Ródano, obedece a una falsa interpretación del nombre y significado de la palabra griega «ibero», aplicada también alguna vez por los antiguos a los pueblos todos de España, debiendo dársele, como a la voz «hispano» un sentido geográfico y no etnográfico. Es casi seguro que las tribus citadas son gentes célticas mezcladas con pirenaicos. Los *indigetes*, por ejemplo, Esteban de Bizancio los define como célticos y serían los que con más probabilidad, por ocupar la zona costera habrían de pertenecer a, los supuestos iberos, conquistadores del Sur, conforme Schulten y otros historiadores han mantenido.

Lo que, en nuestra opinión, no se puede sostener es que las tribus conocidas en el siglo VI, denominadas como iberas por escritores de época muy posterior, pueden identificarse con las gentes del Sur de (España, a las cuales los escritores del siglo VI llaman concretamente tartesios o mastienos y cuya cultura y valor racial nos parece diverso al que representan todos estos pueblos (*indigetes*, *ceretes*, *auceretes*, *sordi*), cuyos nombres, conocidos por los griegos en el siglo VI no siempre los han conservado los escritores la época romana a los que importó poco su raza y a los cuales con la desinencia geográfica de «iberos», incluyéndose entre ellos a los habitantes del Sur de Francia que entonces eran iguales a los de la España central y nórdica dominada por los celtas.

Cuanto decimos vale también para las pocas noticias que sobre pueblos pirenaicos nos ha dejado Hecateo, escritor del siglo VI, a través de Esteban de Bizancio. Para él toda la región costera catalana [-10→11] está habitada por *misgetas*, del verbo griego mezclar, por lo tanto gentes mezcladas. En nuestra opinión, según los hallazgos arqueológicos, celtas y pirenaicos. Sin embargo, Esteban de Bizancio llama a este pueblo «tribu de los iberos», lo cual no es admisible sin considerar el término «ibero» como mera desinencia geográfica; por el contrario denomina célticos a los indigetes que habitaban el extremo oriental del Pirineo.

Podríamos añadir a estas noticias antiguas, del siglo VI antes de Cristo, raras referencias sobre el Pirineo y sus habitantes en Heródoto (2-33) escritor del siglo V (480-430 a. d. C.), donde nos dice que el Ister (Danubio) nace en el país de los celtas, en la ciudad de Pirene y corre por el centro de Europa. Vagamente Heródoto vuelve a tener noticias de la ciudad de Pirene que se citaba en el Periplo del siglo VI y considera celtas a todos los habitantes de aquellas regiones. Luego nuestra comarca pirenaica desaparece de las fuentes escritas de los antiguos, sin que podamos rastrear más noticias sobre sus habitantes hasta la segunda guerra púnica.

Polibio, escritor ya del siglo II (200-120), al narrarnos la marcha de Aníbal a Francia y atravesar el Pirineo, nos cita los pueblos de estas montañas y la actitud política de sus habitantes con estos cartagineses en las guerras que iban a desangrar a España.

Aníbal parece ser que había seguido una política de atracción con todos los pueblos del Norte del Ebro donde la influencia cartaginesa, según los tratados romano-cartagineses del 348 y 226, no podía llegar, en tanto que la influencia de los griegos y de sus aliados en estas tierras provocaba excitaciones y rivalidades que Cartago fomentó en todo momento. Ya frente a Sagunto, ciudad en contacto con los griegos y aliada de Roma, apoyó a las turboletas del interior, aunque este pasaje es hoy discutido. Lo mismo en la costa catalana, los cartagineses buscan el apoyo del elemento céltico-pirenaico contra griegos y luego contra romanos. Para evitar otra dilación como la que le había producido el sitio de Sagunto, Aníbal, según nos cuenta Polibio y Livio, vadeó el Ebro y por territorio de los Illercavones, siguiendo el paso de Montblanch se

metió en tierra de ilergetes y buscó atravesar los Pirineos seguramente Siguiendo el Segre arriba hasta Puigcerdá, a través del Gol de la Perche, bajando por la cuenda del Tech hasta Iliberis (Elna), donde acampó en tanto se reunían los pueblos galos para acordar la alianza y el paso por sus tierras de los cartagineses, en la ciudad de Ruscino, la actual de Castell Rusillón cerca de Perpiñán. Polibio (3-35) dice que Aníbal luchó con los *ilergetes*, pueblo que aparece por primera vez [-11→12] ahora, aunque su toponimia se acerca a la denominación de *Haraugates*, que Hecateo coloca al sur de los *misgetes* y al norte del Ebro, y también hubo de someter a los «*bargusios, aranosios y andosinos*, tocando ya al Pirineo». Livio dice que sometió a los *bargusios* y *ausetanos* y a la Lacetania (región extendida ante los Pirineos) y que hemos de interpretar como Layetania. Estas noticias de los historiadores latinos las hemos de considerar como parciales. Se debe pensar que si Aníbal abandona la costa, huyendo de Ampurias y demás establecimientos griegos que, como Sagunto, temía se opusieran encarnizadamente a su paso, es porque contaría con la alianza de las gentes del interior, entre las cuales además quedó su hermano Annón vigilando la cabeza de puente romana que para Roma representaba la griega Emporion. Todavía debemos añadir como pueblo habitante del Pirineo catalán, según Silio Itálico, el nombre del pueblo de los *bebrices*, que debía ocupar la región de la cuenca del Tech, cuyas selvas, dice este autor, las atravesó Aníbal antes de precipitarse en el país habitado por los volscos, tribus galas no ha mucho establecidas en el Rosellón, según sabemos con seguridad por los textos y la Arqueología.

Todos estos pueblos en vez de aparecer como enemigos sometidos por Aníbal, lo cierto es que se les verá actuar como aliados de los cartagineses hasta los tiempos de Catón, que los subyugará definitiva a Roma después de sus campañas famosas, que representan un nuevo avance en el conocimiento de la población pirenaica. La localización y carácter de todos estos pueblos que entran en la Historia antes de la conquista de Roma las precisaremos mejor cuando de nuevo nos aparezcan mejor delimitados en las guerras de independencia contra Roma, en las cuales la región al norte del Ebro jugó un papel trascendental.

En estas guerras entre Roma y Cartago aparecen sobre todo en acción los *indigetes*, seguramente los antiguos *ilaraugates* de Hecateo, entonces poseedores de la región del Segre, del campo de Tarragona y su costa, extendiéndose por toda la zona llana aragonesa al norte del Ebro, hasta el Gallego al menos. Ilerda y Osca son sus ciudades principales. Cuando el 218 Escipión desembarca en España por la griega Emporion, única base naval y terrestre de Roma frente a Cartago en toda la guerra española, y emprende la conquista de la zona costera entre los Pirineos y el Ebro, los ilergetes, al frente de Andovales o Indiviles, se ponen al lado de Hannón, dando la batalla de Cisa o Cese, probablemente la actual Tarragona, que pasó a ser el cuartel de invierno de los romanos del 218 al 217, como consecuencia de su victoria. Es ahora cuando debieron construirse las grandes [-12→13] murallas ibéricas de la ciudad por indígenas dirigidos por griegos de Ampurias y romanos, con torreones de flanqueo cuadrados, semejantes a los que ríos ofrece la neápolis de Emporión y la Indica helenizada que la rodea. No es del caso abordar aquí los problemas de esta ciudad. Lo único seguro es que el campo de Tarragona pasa ahora a manos de los Cosetanos, aliados de los romanos como los lacetanos de la región de Barcelona, desapareciendo los ilergetes o ilarangates del dominio de las tierras costeras, manteniéndose por todas las tierras del interior la guerra frente a Roma a favor de Cartago.

Tras Cneo Escipión llega Publio Escipión, en tanto que Hannón había recibido el refuerzo de Asdrúbal, que acampa en la Illercavonia. En todas estas luchas el illergeta Indíbil juega un papel importantísimo. En 214, aprovechando la marcha de Asdrúbal a África, los romanos fuerzan a los illercavones de la región de Tortosa que se les opusieron y llevan la guerra a la región del Sur hasta Elche y al valle del Guadalquivir, pero en 212, vuelto Asdrúbal, en las regiones del Sur sufren una gran derrota cerca de Castulo, siendo muertos los dos hermanos, en Castulo mismo, Publio y Cneo en Illorci (Lorca), donde se había refugiado. Gran parte de la victoria correspondía al illergeta Indíbil o *Andovales*. Los romanos perdían tras la derrota de Castulo todo lo que habían ganado en seis años. Sólo una débil zona litoral alrededor de Ampurias y Sagunto al sur quedaban dentro de su alianza. Los sucesores de Publio y Cneo Escipión poco pueden hacer. Sabemos que Claudio Nerón se movió en el país de los ausetanos hacia la

región de Gerona, con lo cual nos prueba que toda la zona pirenaica seguía en Alianza con Aníbal. Pero en el otoño del año 210 llegaba a España Escipión el Africano, que iba a dar un nuevo impulso a la guerra.

Además Asdrúbal recibía orden apremiante de Aníbal de ponerse en marcha con cuantos refuerzos pudiera reunir para conducirlos a Italia, abandonando España a su suerte. Así, por una parte la hábil política de Escipión, «que con prudencia se dedicó a reconciliar el ánimo de los bárbaros, en parte con dones, en parte con la libertad de los rehenes y prisioneros», y por otra las exacciones de los cartagineses hacen que les abandonen los ilergetes y con los laietanos se unan a Escipión. En la campaña del 209 al 208 van los romanos a la Bética con tres jefes españoles; Indíbil, caudillo de los ilergetes; Mandonio, de los laietanos y Endecon, de los edetanos.

Roma conquista Cartago-Nova el 208, capital y base del poderío bárquida en España y el 206 son expulsados los cartagineses de [-13→14] toda la Península, entrando Cádiz a formar parte del mundo romano. Ahora una actitud diferente se adopta con los indígenas. Se exigen fuertes tributos y mercenarios con una mayor fuerza que Cartago lo hiciera y vemos el 205 luchar unidos contra Roma a todos los pueblos orientales pirenaicos hasta el valle del Ebro, ilergetes, laietanos y ausetanos. Roma sigue contando con la fidelidad de los habitantes costeros más influidos por griegos y romanos o tal vez de otra raza, lo cual no nos parece seguro. Escipión logra vencerlos a todos. Indíbil muere en el combate, Mandonio es ajusticiado después de entregarse como rehén exigido por Roma.

Todo queda al parecer apaciguado, pero no dominado. El año 198 fue un año difícil para Roma. Se sublevan los galos cisalpinos. Es la guerra contra Filipo de Macedonia y contra Antioco de Siria, tras el cual aparece amenazador el genio aún activo de Aníbal, refugiado en la corte de Antioco y ahora su consejero contra Roma. En este año toda España se subleva, seguramente movida por agentes del genio bárquida. Hasta los pacíficos turdetanos se levantaron en armas. Roma hace frente al peligro español mandando un ejército consular enorme al mando de Catón el Censor, que desembarca en Ampurias, única tierra firme con que cuenta Roma. Los indigetes de los alrededores estaban también en armas y sólo tenía Roma en España, aquel año de 195, la tierra que pisan sus soldados.

Catón inicia la segunda etapa por el dominio romano de las tierras y pueblo pirenaicos. Es lástima que hayamos perdido las noticias que Catón seguramente escribió sobre estos pueblos. Livio las utilizó, pero sólo de pasada recoge un resumen de las campañas del cónsul. Primero sometió tras fuerte batalla a los indigetes y luego ha de someter a los ausetanos y bergistanos, pues los ilergetas no se movieron y después sabemos que además de sus campañas en Celtiberia lleva la guerra contra los jacetanos y suesetanos, dos nuevos pueblos pirenaicos que entran en la Historia escrita de España el año 195 a. de C. Lo más importante fueron las severas medidas de pacificación tomadas por el severo cónsul romano. Sabemos que castigó duramente a los bargusios, vendiendo a muchos como esclavos y arrasando su capital e incluso entregando tierras de éstos y de los ilergetes a los lacetanos, pueblos de la costa más romanizados o más dóciles al dominio de Roma y a los cuales los romanos utilizan como auxiliares, protegiendo su expansión a costa de los pueblos del interior. Lo mismo que vemos se hizo con los cesetanos en Tarragona, a expensas de los ilercavones o ilergetes. [-14→15]

Las medidas de Catón fueron tan duras y rigurosas y a la vez tan sabias, que todo el norte del Ebro no se vuelve a mover contra Roma. Se cuenta que 400 ciudades hubieron de demoler sus fortificaciones y todos los habitantes fueron desarmados. Sólo los suesetanos se vuelven a sublevar contra Roma el 184, pero sometidos por el pretor de la España Citerior, Terencio, no vuelven a sonar más.

De estos años primeros del siglo II antes de Cristo (197-187) hasta los primeros del siglo siguiente (83-72, a. de Cr.) se desarrollan las guerras sertorianas que vuelven a movilizar toda esta región. La romanización lenta del país, sobre todo de las tierras ilergetes, va progresando poco a poco. Entre tanto, las guerras de conquista romanas se extienden a los pueblos de la Celtiberia, de formación distinta, pues el elemento céltico, aquí, se une a una población indígena muy diferente de la población pirenaica, con lo cual la personalidad de unas y otras tribus es notoriamente distinta, aunque el elemento céltico sirviera de unificador.

Por el año 77, Sertorio se acerca a la Citerior, donde iba a encontrar las más seguras fuerzas para la resistencia en el triángulo Lérida, Huesca, Calahorra. Además tuvo como aliados a los aquitanos, con lo cual se comprueba cómo los pueblos pirenaicos sentían una misma unidad que veremos proyectarse en otras ocasiones. Hirtuleyo, general de Pompeyo, venció el 77 a. de J. en Lérida a L. Manlio, que se retiró siguiendo el Segre; pero de nuevo fue atacado por los aquitanos, que le destruyeron su ejército. Este año funda aquí, en Huesca, su capital, con la célebre academia sertoriana y el Senado de 300 miembros, primer Consejo de Estado del primer Estado hispánico, prueba que la lección de Roma había sido aprendida.

Toda la tierra pirenaica volcó su afecto a favor del general romano, cuyo nombre aun suena con simpatía por estas tierras. Todos se hicieron «soldurii» o devotos, jurando servirle hasta la muerte.

Poco tiempo más tarde aquellas ciudades y pueblos pudieron probar su nobleza y su fidelidad a la palabra. Este mismo año, Pompeyo venía a España con un gran ejército y luchaba con ejércitos renovados y varia fortuna hasta el 75 a. de C., en que ya se atrevía a invernar en plena Celtiberia, lo que demuestra el próximo fin de la resistencia española dirigida por Sertorio. Este año Pompeyo funda a Pamplona en el país de los vascones y logra establecer una estrecha alianza con este pueblo primitivo y arrinconado del Pirineo Occidental, que ahora entra en la Historia por primera vez, sirviendo en la guerra contra las tribus pirenaicas de más al Este. [-15→16]

En premio a su ayuda debieron recibir extensos territorios hacia el Ebro y hacia el Pirineo Central. Calahorra, cuya resistencia fue terrible, vino a ser una ciudad de vascones y también los suesetanos y jacetanos, fieles aliados de Sertorio, no suenan más, figurando sus territorios y la misma Jaca, como tierras de vascones en tiempos de Tolomeo.

Después, sólo el 57 a. de C., reaparecen pueblos de este lado del Pirineo; en las luchas de Roma contra los aquitanos, sabemos que éstos fueron ayudados por los vascones, seguramente por los jacetanos, entonces sometidos a los vascones, siendo vencidos al fin por Publio Craso.

Esto es cuanto sabemos de la historia de los pueblos pirenaicos en sus guerras contra Roma. La superestructura estatal que esta dominación echó sobre las tribus españolas, las iguala por encima, y poco podemos, aun hoy, añadir para diferenciarlas. Si parece seguro, a juzgar por la Arqueología y la Filología, que una formación afín caracterizaba a todos los pueblos pirenaicos que entonces se proyectaban hasta el Ebro. Sólo los vascones al Occidente, entre los cuales el elemento céltico parece no llegó a influir tanto, quedan exentos de esta unidad, incluso en el idioma. Por otra parte, los lacetanos y cossetanos en la costa catalana, o tenían otra formación o siguieron otra línea política frente a los romanos. Estas observaciones realizadas por nosotros se podrían resumir así: Para el primer momento, agrupando las fuentes del siglo VI, primeras que nos hablan de la región más oriental. Luego una segunda etapa la reflejan las guerras de Escipión y Catón y sus consecuencias. Son un nuevo cambio en la extensión de los pueblos tras este primer momento de la romanización definitiva para los pueblos del Pirineo Oriental y zona llana del valle norte del Ebro. El tercer momento afecta a cambios impuestos tras la derrota de Sertorio en el Alto Ebro y Pirineo Central, donde habitaban los pueblos que habían servido con mayor fidelidad al general romano.

Las fuentes del siglo VI son dos en esencia y ellas influyen en las demás. El periplo marsellés es la más antigua y nos habla de los indigetes del norte de Barcelona hasta el Pirineo y detrás de ellos se cita a los ausetanos de la comarca de Vich, ausoceretanos, y ceretanos y los sordos al otro lado del Pirineo, lindando con los elisicios, que ocupaban hasta la narbonense. También en el siglo VI Hecateo nos deja un cuadro algo distinto de estos pueblos. Al norte del Ebro, desde la costa al interior, se extienden los ilaraugates, que luego en el siglo III llamarán los textos ilergetes. Más al norte, se [-16→17] extienden los misgetes, «pueblos mezclados», en los cuales agrupa él sin citarlos todos los mencionados por el Periplo, más explícito, y cuyos nombres veremos reaparecer en el siglo III, a partir de las guerras de Aníbal contra Roma y de las primeras guerras de conquista de la República.

Ahora en el siglo II hallamos el siguiente cuadro etnográfico tras las guerras de Escipión y Catón. Primero se sitúan al norte del Ebro, de la costa hacia el interior, los ilercavones, y más adentro, los ilergetes, al parecer tronco principal de ambos, que han perdido seguramente a con-

secuencia de sus guerras con Escipión el campo de Tarragona, que es de los cosetanos, fieles aliados de Roma, como los laietanos, teniendo ambos una unidad monetaria de tipo empuritano. Tres nombres conservamos de este pueblo en los textos antiguos, lacetanos, laietanos y lartolietes, según Estrabón; pero los tres nombres indican lo mismo y reflejan la expansión de esta tribu costera hacia el interior a expensas de pueblos poco amigos de Roma, como los bargusios y los ilergetes. Después de las guerras de Catón son ciudades suyas Yeso: Guisona, Setelsis: Solsona, Bacarsis: Manresa, Aeso: Isona, colocada ya en la alta provincia de Lérida, a la entrada de los pasos del Segre, como dominando y separando a los ilergetes y bargusios, a expensas de los cuales habían recibido los laietanos, tras los castigos de Catón, toda la Segarra y el bajo valle del Llobregat. Además tenían el Vallés y la Maresma. Los ilergetes fueron hasta Catón el pueblo más importante del interior, quedando extendido desde la Segarra al Gállego, lindando al norte con los bargusios, aranosios, andosinos y jacetanos. Sus ciudades principales eran Huesca y Lérida.

Los ilergetes aparecen con este nombre ya en Polibio, según él luchando contra Aníbal, y al parecer según hemos visto indican los hechos, aliados al cartaginés, que pasó por su territorio y los tuvo por aliados, prestando contingentes decisivos a sus hermanos contra Roma. Entonces parece llegaban al mar por el campo de Tarragona, al menos según Hecateo, que los llama Ila-raugates y también según los hallazgos arqueológicos, que acercan más las estaciones del Priorato-Campo de Tarragona, a las que hallamos en Lérida que a las de Barcelona. Luego la comarca costera la pierden, entregándosela Escipión a los cossetanos. Entonces aparecen también los bargusios, que otros textos llaman bargistanos. Son pueblos de alta montaña de la provincia de Barcelona, situados en la cuenca superior del Llobregat hasta el Llusanés, donde el nombre del pueblo de Parafita marca seguramente el límite con los ausetanos, que se extienden por [-17→18] los llanos de Vich y por la cuenca del Ter hasta Gerona y su comarca, lindando allí con los indigetes. La capital actual de esta zona es Berga, y sabemos que hubo una ciudad llamada Bargusia, que en documentos del siglo XI existía con el nombre de Bergusio o Bargusio o Bebursio, hoy Bergus, cerca de Cardona, que daría lugar al nombre de los bargusios que, según Polibio, aliados con los andosinos y aranosios, lucharon contra Aníbal. Después de Catón, parte de su territorio pasa a los lacetanos, quedando muy reducido su territorio hacia la montaña.

Los andosinos y aranosios no aparecen más que en las guerras anibálicas citados por Polibio y Livio, y coinciden con los araneses y andorranos actuales, cuyas comarcas aisladas han conservado naturalmente su personalidad.

Más al Oeste cita el Periplo a los Ceretes, gentes que coinciden con los cerdañeses de hoy y los ausocertes, cuya capital es Besaldunum o Meseldunum, hoy Besalú, era cabeza de otro condado medieval que renace sobre estas tribus, habitantes de toda la comarca de Olot y la Garrocha al Oeste de los indiketes. Más tarde, estos pueblos aparecen todos los agrupados, en el siglo I, y después el nombre de Castellani-Castellanus, de donde arranca la palabra Catalaunia, tierra de castillos, al igual que Castella, de donde castellano y catalán vienen a significar lo mismo. Tito Livio confirma esta denominación de Tolomeo, al decirnos que las tierras altas del Pirineo Oriental las habitan pueblos que tienen muchos castillos.

Al otro lado del Pirineo, en la región del Rosellón, aparecen los sordones, ya en el siglo VI. Luego sus tierras son ocupadas por los volscos, tribu gala, que llegó del este de Francia en el siglo III, aunque Hecateo dice que eran ligures; pero ya sabemos la poca autoridad de estas denominaciones desde el punto de vista étnico. Una parte del mismo estaba aún con el nombre de surdaones en los llanos del Urgel, entre los ilergetes en tiempos de Plinio, que los menciona.

También aparece en lo alto del Tech, en pleno Pirineo, al paso de Aníbal, citados por Silio Itálico, los hebrices, que debían llegar al mar por los Cevennes, pues Dionisio el Periorgeta, Dión Casio y Tcesias llaman a la costa rosellonense Bebricón. Sin duda es parte retrasada del pueblo de los beribraces, que en el Periplo aparece ocupando las regiones montañosas frente al golfo de Valencia y que ha dejado un indicio toponímico en el barrio de Bebricis, de Calahorra. Es el mismo caso de los Belendi que aparecen en el Pirineo Central hacia la región aquitana, que hay que relacionar con los [-18→19] famosos Pelendones de Numancia, luego absorbidos por los Aquitanos, de los que vinieron a ser una tribu o parte.

Del Pirineo Central nos quedan los nombres de los jacetanos, que se extendían por la región de Jaca, proyectándose por el Oeste del valle del Gallego hasta lindar con los suesetanos, cuyo nombre, paralelo con los suesiones de Francia es grande. El límite entre ambos corría por la región del Aragón, siendo Berdún (Virodunum) el lugar que marca el fin de los jacetanos frente a Navardunum (Navardum), que representa la tierra primera de los suesetanos, cuya capital era Corbión, según Masdeu, la actual Sangüesa. Los suesetanos llegaban al Ebro, lindando con los pueblos afines célticos de la Rioja, y parece ser fueron menos pirenaicos que los jacetanos, no estando en muy cordiales relaciones con éstos. Catón nos relata su campaña contra Jaca, resaltando el desprecio de los jacetanos por sus vecinos, a los cuales siempre habían vencido. Sin embargo, eran pueblos muy afines y ambos amenazados por los vascones montañeses de más al Oeste, que Roma utilizara como fiel elemento de dominación, entregándoles la Rioja, toda la tierra de los suesetanos y de los jacetanos, ocupando en tiempos de Tolomeo una extensión muy superior a la que habían tenido las guerras sertorianas.

Al otro lado de los Pirineos viven los Aquitanos, que son hermanos de los jacetanos y cuya afinidad con los pueblos españoles, ya señaló César, afinidad que se mantiene después de Roma hasta tiempos de Carlomagno, en que la Aquitania fue franquizada por la aristocracia militar franca, que representa el reino de Ludovico Pío creado por Carlomagno, tal vez con vistas a este lado del Pirineo tan afín, ambición que resultó fallida. Sólo cuando esta nobleza franca se funde con el país, veremos otra vez unidos los pueblos de ambas vertientes, aunque desde la época carolingia una diferencia cultural y etnográfica, cada vez más marcada, viene a romper la unidad anterior.

Nuestra breve exposición tiene para el estudio de los condados pirenaicos, que tanto representan en nuestra reconquista, en nuestra historia, un gran interés, pues en el comienzo de su formación se ven renacer las viejas tribus mencionadas por los textos clásicos.

Es curioso que al acabar Roma su ciclo histórico, la Edad Media viene a poner en vigor los mismos entes políticos, al parecer dormidos por la acción igualitaria del Estado romano. Los indiquetes se convierten en el condado de Ampurias casi con sus antiguos límites. El condado de Besalú hereda a los ausocretes y a los ceretanos el condado de Cerdaña. El territorio de los sordones es el Rosellón y los [-19→20] burgusios forman el condado de Urgel, conforme renace la personalidad de los cerrados valles pirenaicos entre Cataluña y Aragón.

Lérida aparece unida a Aragón, como la geografía y la misma antropología aún hoy proclaman; pero como más tarde ocurriría de nuevo una razón política llevó a los laietanos de Barcelona a dominar aquellas tierras con ayuda de Roma, sabia gobernadora de pueblos, Catón, en los albores del siglo II a. de C., viene a hacer lo mismo que hará el rey de Aragón Jaime I cuando, contra toda razón, entrega a su condado de Barcelona Lérida y su comarca ilergete, separándola de Huesca y, por tanto, de Aragón.

En el Pirineo Central, los jacetanos dan origen al reino de Aragón, que pronto se separa de Navarra y hasta la supera. No sería fácil comprender cómo y por qué el condado de Aragón se hace pronto un reino más poderoso que el de Navarra, como igual ocurre en Castilla con respecto a León y a la misma Navarra, si no vemos debajo del nombre de ambos condados fuertes agrupaciones étnicas con clara personalidad que necesitaban moverse independientes. Leyendo a Catón se comprende que los reyes de Pamplona, con sus suesetanos, no pudieran dominar ni superar a los jacetanos, que pronto se convierten en el reino de Aragón, que sólo transitoriamente dependió y se ayudó de Navarra.

Este último reino nace en la región de los suesetanos con el nombre nuevo de un antiguo clan, los Navarri, que ya vemos aparecen en el nombre de Navardunum, «fortaleza de los navarros». Y aparece este reino heredando la misión que Roma no lograra realizar: la de meter en la Historia de España y del mundo a los vascones. No fue Pamplona el origen de Navarra. El campamento de Pompeyo, el cual en otras tierras menos tercas se le hubiera llamado Pompeyopolis o Pompeyocivitas y no Pompeyonue, de *une* — pueblo, en vascongado—, lo heredan los pueblos célticos de las tierras más bajas que reemprenden la tarea interrumpida por la caída del imperio y que la monarquía visigoda no olvidará, rechazando hacia atrás a los vascones no latinados ni celtizados y aún irredentos. Desde esas tierras de Valdoncella y Navardum a la vieja Corbión (Sangüesa) hasta Puente la Reina y Estella, bajando hacia la Rioja y subiendo de Pam-

plona hacia arriba, se mueven los primeros reyes de Navarra frente a moros y a vascones sin cristianizar. Poco a poco, las armas de Aragón aligeran el peligro moro. Quedó a los reyes de Navarra, a sus nobles y a sus obispos y clérigos, una misión: redondear España hacia el Noroeste. Meter en la cristiandad a los vascones irredentos y darles nombres navarros de lengua romance. Un día el [-20→21] golfo de Gascuña será navarro, y por esa tarea noblemente renunciarán a conquistas de moros los reyes de Pamplona, excepto cuando el peligro apremie. Deseo recalcar aquí esta misión del nobilísimo reino de Navarra; este origen ancestral en lo histórico y en lo prehistórico, tanto en su dimensión cultural como etnográfica.

Espero que no se exija a esta conferencia hablada excesiva precisión científica; ello la hubiera alargado en exceso y por otra parte es tarea que poco a poco se irá realizando, gracias a la ayuda de esta Estación de Estudios Pirenaicos. Que tal ayuda convierta las directrices de esta conferencia en firmes y palpables verdades históricas que den clara luz sobre nuestra gloriosa historia.